

LAS COSAS QUE SE PIERDEN

Las cosas tienen la costumbre de perderse, tanto las cosas simbólicas, como las materiales.

De este axioma no está libre nadie y mucho menos los escritores; y desde la perspectiva de una escritora, se desarrollarán estas reflexiones.

Para comenzar, hay que distinguir las cosas perdidas que provocan angustia de las que son registradas como algo que, en el peor de los casos, hay que reponer. Simples herramientas que se reemplazan con facilidad, por ejemplo un lápiz.

Existen otros elementos que se requieren en este oficio, cuya pérdida puede ocasionar desde un dolor de cabeza hasta un intento de suicidio.

En la actualidad la escritura se ha facilitado hasta límites nunca imaginados mediante la tecnología que simultáneamente simplifica y complica el trabajo del escritor.

A muchos les ha pasado que, imprevistamente, la computadora perdió toda su memoria por un siniestro virus cibernético.

La pérdida de la memoria de la computadora, puede sentirse como la pérdida de la propia memoria, generando en el escritor un estado cuasi psicótico.

Superado el trauma, el escritor comienza a darse cuenta de la importancia del backup o copia de seguridad, operación que se puede realizar a través de múltiples dispositivos.

La tecnología avanza, pero siempre mediatizada por el factor humano que, en muchos casos, tiene una predisposición increíble para perder cualquier recurso tecnológico que le permita asegurar su producción.

Lo que más se utiliza actualmente, es el Pen Drive, ese aparato chiquito y maravilloso, que puede almacenar tantas cosas, pero que también se pierde.

La que esto escribe ha perdido varios y, ahora escarmentada, protege, guarda y esconde a su "memoria auxiliar" con tanto empeño, que luego no recuerda dónde la puso.

El colmo de los despistes con que agredió a su pequeño y fiel aparato, fue olvidarlo en el bolsillo de una prenda que luego metió en el lavarropas. Milagrosamente, la memoria permaneció intacta.

La pérdida de los instrumentos que utiliza el escritor, no es nada comparada con la pérdida de las ideas brillantes que pueden surgir en los momentos más insólitos: antes de dormir, viajando en el colectivo o mirando televisión.

Ocurre frecuentemente que un escritor se duerma pensando en la poesía, cuento o novela que lo hará célebre y al día siguiente esas ideas no se recuerdan en absoluto o, en el mejor de los casos, se han transformado en una tontería que se descarta inmediatamente.

Hay escritores que tienen a mano un cuaderno para anotar esas primicias que, sorpresivamente, le soplan las musas.

También existen los escritores que llevan un grabador y se los ve, en las situaciones más extrañas, dictando a su secretario electrónico las brillantes ideas que irrumpen en su cabeza.

Entre estos especímenes están aquellos que, como una suerte de Penélope literaria, desgraban de noche lo que dictaron durante el día.

En esta difícil tarea de ser o querer ser escritor, a veces ocurre un milagro. Un día se encuentra un sitio llamado “Taller literario”.

Un lugar mágico donde se aprende a escribir mejor, con la conducción invaluable de un coordinador.

Pero su cualidad esencial reside en que allí no hay pérdidas, por el contrario, se producen encuentros con personas que, al igual que uno, se consideran escritores. Y lo son en la medida que producen cuentos, novelas y poesías.

En ese lugar, se lee lo producido, se escucha atentamente la producción del compañero y se discute cada trabajo.

En síntesis, el Shangri-la de los escritores.